

I WAS AKI

(Yes, you were)

(Ciclo “Ficciones en el Paraninfo” – Zaragoza, 10/3/2010, 20 h.)

Here you are. Aquí está de nuevo Fernando Iwasaki, como estuvo a menudo y volverá sin duda a estar pronto (*wish you were here* entonaremos en cuanto se vaya, en cuanto terminemos de leer su última página). Lo cierto es que no podía encontrarse figura más adecuada para poner colofón a esta 5ª edición del ciclo “Ficciones en el Paraninfo”. Porque estoy seguro de que, si hay un patrón de los colofones, no puede ser otro que este nuevo San Fernando de Sevilla –con su prosa de Lima–. Antes de correr a verificar esta eventual canonización en la improbable “hagiopedia.org” (o en la futura Iwasakipedia, que alguna vez ha anunciado el autor), acudan a sus milagros de concisión en esas páginas de descuento (sobre todo si son de espuma), en las que Iwasaki termina siempre ganando por lo mínimo: de Santa Cunegunda (en las primeras *Inquisiciones peruanas* de 1994) a Ricardo Higa Uyehara “Mitsuya” (en su último libro, *España, aparta de mí estos premios*), pasando –con prudencia y respeto– por el “pene de acero” de *Helarte de amar* (2006), los protagonistas de esos colofones nos revelan que no hay día perdido, que todo lo que sucede, cualquier vida minúscula o atributo mayúsculo, puede terminar en un libro, en el final de un libro de Iwasaki.

Pero esto significa otra cosa: y es que, hoy por hoy, Iwasaki es uno de los escritores que más da al lector por el mismo precio: sus libros están llenos “hasta el colmo” y –como el cáliz del que Vallejo pasaba y que Iwasaki ha transustanciado en su último libro– hay que apurarlos –una vez más con el debido respeto– “hasta las heces”, porque ahí –en sus libros– nada es desperdicio. Le gusta tanto la literatura a este escritor, que no ve la hora de acabar. “No se vayan todavía”, parece decirnos siempre, como Súper Ratón o la conocida sevillana.

Pero esto, me parece, también significa otra cosa, un poco más inquietante, y que puede sonar como una fórmula: “Iwasaki es *horror vacui*”. Barroco –por limeño y por sevillano, claro–, lo llena todo: desde el título al colofón, pasando por dedicatorias (barrocas también: *una et varia*), agradecimientos y hasta, si es el caso, la bibliografía. “Pasen y lean, no dejen de leer”, de punta a cabo: mientras hay texto, hay expectativa. Sin embargo, no se trata de llenar de palabras una locura logorreica, sino de asediar la utopía de la plenitud de

sentido. Y eso implica, en esta obra, no poner una sola palabra vana; todas vienen muy cargadas por el diablo de la lengua: jugar con ellas, entonces, es una cosa seria.

Porque, además de la plenitud, está el *horror*. Da mucho gusto y mucha risa leer a Iwasaki, pero además está el vacío y está el horror: son las cuencas vacías en un casco de moto (“W.C.”, *Ajuar funerario*), es la carcoma dental del gusano llamado negujón en la novela a la que ese bicho da título o los gélidos huecos de la mamá de Liliana en “Helarte de amar” (*Helarte de amar*) o también algunas cuevas (en “La cueva”, de *Ajuar...* o en el “Haiku del brigadista”, de *España, aparta de mí estos premios*). Hay, entonces, algo que no se ve más adentro de lo mucho que se lee en los textos de Iwasaki.

Es, probablemente, esa cosa siniestra (en el mejor de los sentidos) lo que convierte el proyecto literario de Iwasaki en uno de los más interesantes de la actualidad. Ese proyecto lleva en marcha unos cuantos lustros: hace ahora –si no me equivoco– 25 años que Iwasaki ronda por España, y empezó a publicar poco después –durante un fugaz retorno a Perú–. Su obra, si no “inabarcable”, resulta, en cambio, difícilmente contable o clasificable. Está compuesta por novelas, pero ¿cuántas? ¿1 o 2 o 3? El número varía según consideremos sólo *Negujón* (2005); o incluyamos también el *Libro de mal amor* (2001, 2006) (que podría aparecer como “serie de cuentos” unidos por el mismo protagonista-narrador); o incluso aumenta si aceptamos la sorprendente propuesta de la página *web* del autor que califica de “novela” a su último libro, *España, aparta de mí estos premios* (2009).

Incontables son, entonces, también sus libros de cuentos, porque si el último título citado podría no serlo (a pesar de su apariencia), los primeros que publicó (*Tres noches de corbata* –Lima, 1987; Huelva, 1994–, y *A Troya, Helena* –Bilbao 1993) se reabsorbieron parcialmente en *Un milagro informal* (2003). Y porque *Ajuar funerario* (2004) se sale por las rendijas de la clasificación, pues es un libro de mini-cuentos, o porque los también breves relatos de *Inquisiciones peruanas* (1994, 1996, 1997, 2007) constituyen más que una obra de ficción, una de recreación –en su más amplio sentido– histórica, que, además, se desgajó de un proyecto más amplio (inédito como tal) titulado *Fricciones*, del que también formaban parte los relatos de *Helarte de amar* (2006), libro que, a su vez, terminó absorbiendo una novela corta (*Mírame cuando te ame*, 2005), que se había publicado exenta.

A la inasible lista de sus libros de historias hay que añadir, también, los libros de “Historia” resultado de su trabajo más propiamente académico (desde *Nación Peruana: entelequia o utopía*, 1988, hasta la reconstrucción de las relaciones entre *Extremo Oriente y Perú en el siglo XVI* –1992, 2005–, que constituyó su tesis doctoral) y los textos ensayísticos de carácter histórico, sometidos al mismo arte de ingenio que genera sus ficciones:

RePublicanos. Cuando dejamos de ser realistas (que recibió el premio Algaba de ensayo en 2008) y *El descubrimiento de España* (1996, 2000, 2008), al que alguna vez se ha referido como su libro preferido. Cronista “de ida y vuelta”, entonces, también lo ha sido –más allá de la ficción y la Historia– de la realidad más real: el fútbol (en *El sentimiento trágico de la liga* 1995) y la tele (en *La caja de pan duro*, 2000).

Es, justamente, ese mundo de la “cultura” popular actual (en su peor versión: “telerrealidad subvencionada”) el que informa todos los niveles de su último libro de ficción, *España, aparta de mí estos premios*, que puede leerse (con permiso de Guzmán de Alfarache y de Borges-Groussac) como un “arancel de japonecedades”, ilimitado rosario que, ya sin la brida oriental, sigue desgranando en sus colaboraciones habituales en prensa, actualmente en *ABC de Sevilla*, en cuyas páginas –no obstante– ha incluido otro tipo de “series” unitarias, tan interesantes como la “biblioteca de apócrifos sevillanos” (2008), que pueden leerse en su interesantísima *web* y que parecen estar reclamando un libro (se trata de casi cincuenta semblanzas de autores elegidos por su relación con Sevilla, de Lord Byron a Bolaño, pasando por la chilena Teresa Wilms Montt, Rubén Darío, Gide o Borges).

Añádase, por fin, su labor de activísimo gestor cultural como director de la prestigiosa (y lamentablemente ya añorada, *wish it were here*) revista literaria *Renacimiento*, de la fundación Cristina Heeren de flamenco o del aula de cultura de *ABC de Sevilla*, y empezaremos a comprender lo que significa el adjetivo “multifacético” con que algunas presentaciones han tratado de ponerlo en su sitio.

Aquí está, entonces, Iwasaki. Sus libros y sus años y sus hechos son, pues, ya casi más de este hemisferio que del austral. Pero él, como su idioma, como su nombre, como su atuendo elegido (ese poncho que era un kimono flamenco, en el título de uno de sus ensayos –quizá como el órgano de Darío era un viejo clavicordio pompadour–), es, definitivamente un tipo “*compositum*”, compuesto, complejo, arreglado, atildado, pues sabe acentuar lo que es preciso, aguda o llanamente o hasta proparoxísticamente...

Pero basta: me estoy dejando llevar por la corriente, por el chorro de voz que emana de los textos de Iwasaki. Y es que resulta muy difícil leerlo y no imitarle esa voz... Así que voy concluyendo, aunque ahora me doy cuenta –no se vayan todavía– de que aún debo reseñar algunas voces afines que resuenan en la suya –como él generosamente reconoce–: las de otros peruanos transatlánticos (Vargas Llosa, Ribeyro y Bryce Echenique); también la del Caín cubano, el Cabrera Infante más eutrapélico; o las de esa pareja de tres, porteña y tan cosmopolita, “Biorges” y Cortázar. Iwasaki, en fin, es afín a todos aquellos que se oponen a la “ley de la gravedad” (cuya versión erótico-sentimental queda explicada en *Libro de mal*

amor), y conforman, por el contrario, una especie de “grey de la levedad”, donde caben también los autores que menciona al final de *España...: Fernández Flórez, Camba, Cunqueiro, y también Jardiel*; o algunos de los personajes-escritores de ese extraordinario cuento que es “El derby de los penúltimos” (*UMI*).

Pero se me ocurre que a quien verdaderamente se parece este Iwasaki, alimentado en todas las orillas, es al más centroeuropeo de los centroeuropeos: al Thomas Bernhard de *El imitador de voces* (1978), justamente: un título, “imitador de voces”, al que todo escritor aspira, según creo, y que Iwasaki, de oído casi absoluto, merece como pocos en el ámbito del español. Del austriaco, el austral tiene (aunque no lo parezca, aunque parezca que no se parecen) el humor, el horror (ya lo dije) y la lengua de acero templadísimo. Y, además, comparten el azar de que el último libro que de cada uno de ellos hemos conocido es una sátira sobre esa perversión institucionalizada de la literatura: el premio. A Iwasaki hemos de agradecerle el buen gusto de que su libro no haya sido póstumo, aunque sí es el primero de ficción que ha publicado después de su particular “libro de los muertos”, aquel *Ajuar funerario*, de 2004, que, a mi juicio marca un antes y un después, por lo menos, en la difusión de su obra. Esa colección de densos relatos negríssimos –también, como los de Bernhard, llenos de niños– que congelan la sonrisa y donde se oyen tantas voces es quizá lo más salzburgués de este caballero de mil y ninguna patrias. Ciertamente, su prosa dio un paso (al más allá con esa colección de esquelas: ya no nos morimos de risa con las ridículas aventuras de los “martirrisueños” avatares iwasakianos (en *El libro de mal amor* o en *Helarte de amar*), sino que nos reímos –estremecidos– de la muerte y los quebrantos, aunque no nos atrevamos a mostrar mucho los dientes, por si acaso –como en *Neguijón*, su última y más verdadera novela– alguien quiere buscar la larva que todos pudiéramos llevar dentro.

Entre Eros y Tánatos, pues, claro, o entre Demócrito y Heráclito, la obra de Iwasaki es una “filosofía de la risa y el llanto” (Stern, traducido por Cortázar). O si se prefiere (con el Unamuno al que ya Iwasaki ha reescrito): “humor y pedagogía”. Porque, con la risa, a Iwasaki le interesa –me parece– animarnos, avivarnos y avisarnos. Y, para entender lo que verdaderamente significa instruir deleitando, me permito terminar –pero no se vayan todavía, aún hay más y mejor–, en otro registro, con una recomendación de lectura: en cuanto puedan, corran a su página *web* para leer el más feliz ejemplo de –nunca mejor dicho– rigor –académico– y goce –intelectual–, su sorprendente ensayo sobre un tema de rabiosa actualidad hace unos días: “La polla de Cervantes. Consideraciones sobre cómo la remetería y qué pajillas echaría” (en *Estudios Públicos*, nº 100, Santiago de Chile, 2005, pp. 283-302). Prueba irrefutable del *cuidado* que Iwasaki dispensa a nuestra lengua, este ensayo debería ser lectura

obligatoria para aspirantes a eurovisión y muy recomendable para cualquiera que –cuando habla– no se conforma con lo primero que le viene a la boca.

Después de esas palabras, que dicen y no dicen lo que parece, el pudor y el recato me obligan a cedérsela –la palabra– por fin a Fernando Iwasaki, no sin antes darle las gracias por compartir esta velada y a la Universidad y a los organizadores por haber propiciado el encuentro.

Daniel Mesa Gancedo
Profesor de Literatura Hispanoamericana
Universidad de Zaragoza